

# PUEBLOS VERTICALES

Artículo publicado en A B C, el año 1955, por el magnífico escritor Agustín de Foxá, conde de Foxá.

¿Qué queda de la casa antigua, cerrada, maciza, medieval?

La casa de nuestros abuelos, la de nuestra niñez, la de antes, era un territorio exento, una clausura, con miradores de cristal, de visillos y persianas verdes.

La casa se ensimismaba; se miraba hacia dentro en la clara pupila del surtidor del patio. Economizábanse puertas y ventanas. "Casa de dos puertas—decían—, mala es de guardar."

Había cerrojos y se trancaba la puerta con una gruesa viga.

Se nacía en la casa (entre pañales, lloros, nodrizas y alegres campanas, sonajeros y sal de bautismo), y se moría también en la casa (transformando en mortajas las sábanas, entre lloros, velas, flores un poco descompuestas y tristes campanas doblando a muerto).

Hoy se nace y se muere en la clínica, clandestinamente, como si ambas cosas estuvieran prohibidas.

Saludaban al que llegaba con un radiante "Ave María Purísima", que también rezaban los azulejos, en lugar del tosco *cave canem* de los romanos.

Era muy difícil entrar en aquella intimidad edificada. Llamábase tímidamente tirando de un cordón, que reproducía por el pasillo una serie de campanillazos con ruido de rebaño de cabras. Había además una serie de puertas y prohibiciones y contraseñas invisibles.

"A la paz de Dios." "¿Se puede?" "¿Da usted su permiso?"

La casa era un mundo encerrado y lleno del recuerdo de los muertos, que no se iban de ella del todo porque todavía las subastas americanas o el Rastro madrileño no disolvían las alcobas; y así quedaban los muebles del abuelo, y sus lentes, y la banqueta donde ponía la pierna gotosa, y su oscuro retrato al óleo. Y había un desván donde yacían, insepultas, las salas pasadas de moda, y el piano desafinado y polvoriento, y las carretas, y el traje de diablo, rojo y amarillo por mitad, con cola de algodón de un viejo Carnaval de cuando eran niños los abuelos.

Existía la cueva, con sus ratones y la niebla geométrica de las telarañas de botella a botella, donde se refrescaba el vino y el agua en grandes tinajas.

Y arriba estaba la azotea, donde se tendía la ropa blanca goteando lejía sobre los surcos con verdín de los tejados, y la artesa de azulado añil, que era como un pequeño mar para los niños. La ropa blanca puesta a secar bailaba en los alumbres y era como las banderas izadas de la casa-fortaleza.

La casa romántica, isabelina, reproducía las tres clases sociales. En el principal, los señores—los marqueses o condes—, con abono en el Real y coches de caballos. En el piso segundo, los burgueses, con piano—que luego fué pianola—y representaciones de abonos minerales o de cementos. Su deseo era bajar y codearse con los del piso de abajo, y como no lo conseguían, dos veces nos trajeron la República. En la buhardilla, los obreros. El Juan José, de Dicenta. Socorrido en Navidad por los de los otros dos pisos con chalecos de lana para los niños y algún turrón; pero que todavía no había sido arrojado a esos suburbios donde fraguaron las fortalezas de Carlos Marx.

Los balcones de hierro, abombados, sostenían faroles de velas encendidas y colgaduras azules con galón de plata para las procesiones con las carrozas reales del Corpus, el Dios Chico o de San Isidro, ya con un morado palio de tormenta al salir de la catedral.

Los balcones, rectos, del segundo se engalanaban con la bandera española. Los del último piso no tenían bandera. Las casas estaban llenas de misterios, de cuartos oscuros, de gigantones, de trágicas muñecas chinas sin peluca, de armas filipinas, de joyeros de la abuela, de barquitos en fanal, donde una musiquita empolvada levantaba una tormenta de olas de algodón pintadas de azul.

Todo eso ha desaparecido. En nuestra guerra civil, las casas fueron violadas. Se vieron por el suelo los testamentos más secretos, los cuadernitos de caza del hermano muerto, las notas rojas del colegio del Pilar o las frías y laicas del Instituto del Cardenal Cisneros, los retratos dedicados. Se abrieron los archivos; se envolvió pescado en cédulas reales con sellos de cera, de los primeros reyes de la Edad Media.

La vieja casa está minada por los divorcios caprichosos; por el radio, que mete una voz incitante y acariciadora en la mesilla de noche de la muchacha soltera; por la televisión, que se ríe de los viejos cuadros inmóviles y turba, con bailarinas, a los niños prematuramente y hace un allanamiento de morada y convierte a los muros en paredes de cristal; por las clínicas, que le roban la cuna y el ataúd; por los restaurantes, que la despojan de las cenas familiares hasta en la noche de Navidad. Es una casa en ruinas; en realidad, ya no es una casa. Se han puesto puertas al campo.

Pronto desaparecerán las casas horizontales. Unas y otras se suben sobre sus hombros, como las torres humanas de los equilibristas. Hay verdaderos pueblos verticales. En algunas edificaciones de Norteamérica habitan en un solo edificio dieciséis mil personas. Nada falta allí: tienen su aire caliente y frío, su verano y su invierno mecánico. Hace unos días fuí invitado al Pent House de un amigo. En el último piso recibía. Había una piscina verde en forma de riñón, que es como ahora se usa. Todos los invitados eran inquilinos de su casa. Al despedirnos, nos limitamos todos a pedir el ascensor, que se convirtió así en un automóvil vertical.

¿Serán así las futuras casas? ¿Serán, como en el trágico infierno de Sartre, habitaciones que dan sobre habitaciones, ventanas que se abren sobre corredores y donde no existe el exterior, el afuera? ¿Tendremos, como ese diablo impávido, que carece de párpados, que irnos de pasillo en pasillo, de habitación en habitación (incluso los domingos), sin poder encontrar un campo que no existe, una amapola imposible, un arroyo que no esté encadenado por grifos, una nube o una rosa sobre el azul?

¿Nos quedaremos sin el exterior, embalsamados, muertos en aire artificial, prisioneros, de espaldas al mar, termitas sin luz, sin un solo rincón de polvo, ni un cuarto misterioso como el de Barba Azul, ni una colgadura, ni un duende o unos pasos en la escalera, ni el cercarse de una palma del Domingo de Ramos?

¿Seremos las familias el simple producto de esas fábricas de vivir?